

*En aquel tiempo, Jesús fue a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el rollo del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor». Y, enrollando el rollo y devolviéndolo al que lo ayudaba, se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos clavados en él. Y él comenzó a decirles: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír». Y todos le expresaban su aprobación y se admiraban de las palabras de gracia que salían de su boca. Y decían: «¿No es el hijo de José?». Pero Jesús les dijo: «Sin duda me diréis aquel refrán: “Médico, cúrate a ti mismo”, haz también aquí, en tu pueblo, lo que hemos oído que has hecho en Cafarnaún». Y añadió: «En verdad os digo que ningún profeta es aceptado en su pueblo. Puedo aseguraros que en Israel había muchas viudas en los días de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses y hubo una gran hambre en todo el país; sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías sino a una viuda de Sarepta, en el territorio de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo, sin embargo, ninguno de ellos fue curado sino Naamán y el sirio». Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo echaron fuera del pueblo y lo llevaron hasta un precipicio del monte sobre el que estaba edificado su pueblo, con intención de despeñarlo. Pero Jesús se abrió paso entre ellos y seguía su camino.*

La reacción de la gente en Nazaret es asombrosa. Al principio, se asombran por sus palabras de gracia, pero pronto la incredulidad se apodera de ellos. No pueden reconciliar la imagen del Jesús que conocían desde su infancia con el Mesías prometido. Lo que sigue es aún más sorprendente: intentan arrojar a Jesús por un acantilado. La gente de su propia ciudad, aquellos que deberían haberlo conocido mejor, se enfurece y rechaza su mensaje.

Este pasaje nos desafía a reflexionar sobre nuestras propias reacciones interiores hacia Jesús. ¿Conozco verdaderamente quién es Jesús? ¿Qué conceptos o ideas me hago de Él, que quizá no son verdad? ¿Quiero conocerle bien, y estoy dispuesto a renunciar a mis ideas preconcebidas? ¿Me he hecho un Dios y una fe a mi medida, o me dejo sorprender por Él?

En lugar de rechazarlo como lo hicieron en Nazaret, abramos nuestros corazones y permitamos que Jesús mismo transforme nuestras vidas como Él quiera. Dios me salvará como Él quiera, no como quiera yo.

Pidamos al Espíritu el don de la docilidad. Que nos inspire a acercarnos a Jesús con humildad, porque el Jesús que me salva es el de verdad, no el que yo pienso.